

James Delbourgo. Collecting the World. Hans Sloane and the Origins of the British Museum. Cambridge, Mass.: Harvard University Press; 2017, 544 p. ISBN: 9780674737334, 35 \$ / London: Penguin; 2017. 504 p. ISBN: 9781846146572, 25 £

Para conmemorar el doscientos cincuenta aniversario de su fundación, en el año 2003 el Museo Británico remodeló la antigua biblioteca del rey Jorge III e instaló de manera permanente la Galería de la Ilustración. Al recorrerla, se respira el carácter misceláneo del coleccionismo anterior a la fractura entre las ciencias y las artes, y a la constitución de las disciplinas: monedas, corales, camafeos, bronce, fósiles, objetos de tocador, vasos rituales, láminas botánicas, instrumentos ópticos, objetos etnográficos y un sinfín de *naturalia* y *artificialia*, agolpados en estantes y vitrinas, con cartelas justificativas de su valor y su lugar en el mundo. Es un espacio digno de un relato de Borges, del idioma analítico de John Wilkins, cuyo tratado —faltaría más— figuraba en la biblioteca de Hans Sloane. Los gabinetes de maravillas viven de abrumar y embrujar a sus visitantes. La «prolongada estación de la curiosidad» —al decir de Giuseppe Olmi— no ha dejado de arrojar títulos en la historia de la ciencia de los últimos años, una literatura que se ha beneficiado del interés reciente y creciente por la cultura material y visual, por los estudios museísticos y el coleccionismo.

Pero este libro no es flor de un día, ni fruto de un par de modas. Durante diez años James Delbourgo ha estado investigando y elaborando un texto magnífico y poliédrico. Es un libro sofisticado y abierto al público, entre la academia y la alta divulgación, publicado simultáneamente en Harvard y Penguin. Es convencional en su forma (narrativa) y educadamente irreverente, iconoclasta (por lo que viene a plantear). Delbourgo es un historiador de la ciencia inglés, formado en East Anglia, Cambridge y Columbia. Es profesor en Rutgers University (New Jersey) y ha sido profesor visitante en Harvard. Su primer libro versó sobre la electricidad y las demostraciones públicas en las colonias inglesas de América (2006). Después coeditó sendos volúmenes colectivos, uno sobre ciencia e imperio en el mundo atlántico con Nicholas Dew (2007), y otro sobre los mediadores culturales y la globalización, con Simon Schaffer, Lissa Roberts y Kapil Raj (2009).

Entre otras cosas, el libro es la mejor biografía de Hans Sloane (1660-1753), el médico irlandés cuya colección dio lugar al «primer museo público del mundo» (según reiteran los propagandistas del *British*), «el único lugar donde uno puede contemplar todas las culturas reunidas bajo un mismo techo» (según Neil MacGregor, autor de la serie de la BBC y gran éxito editorial *A history of the World*

in 100 objects, y director del Museo Británico entre 2002 y 2015). La última gran biografía de Sloane databa de 1953, obra del entonces director del Museo de Historia Natural, Gavin de Beer, una obra apologética, característica de la historiografía de la Guerra Fría, orientada hacia la defensa del credo laico y liberador de la razón y sus héroes.

También esta biografía está marcada por su tiempo, el nuestro, uno que cuestiona las grandes narrativas, crítico respecto al antiguo sermón de la nueva ciencia y escéptico sobre la grandilocuencia cosmopolita y la retórica multicultural de los grandes museos. Cuenta Delbourgo que, bajo la dispersión de los fondos originales, repartidos entre el Museo Británico, el Museo de Historia Natural y la Biblioteca Británica, seguir el itinerario de *Picadilly Line* le sirvió durante años para comprender las afinidades secretas, el hilo rojo que conectaba cosas aparentemente inconexas. Sloane es un personaje recordado y olvidado. Su nombre está asociado al chocolate con leche. Tiene plazas, calles y estatuas en Londres. Pero está eclipsado por Newton o Joseph Banks, pese a haber presidido también la *Royal Society*. Ocupa un segundo plano tras Linneo o incluso Tournefort, gigantes de la historia natural y la botánica, disciplinas en todo caso marginadas tradicionalmente en el relato hegemónico de la Revolución Científica, subsidiarias de la física y la astronomía.

Si el afán de todo coleccionista es evitar la dispersión, el naufragio del tiempo y la pérdida (pensemos en Noé, patriarca de todos los coleccionistas) el del historiador es restituir la antigua unidad de los saberes, los lazos secretos, las afinidades que hoy nos parecen absurdas, caprichosas o mágicas. La historia de la ciencia yace oculta en el Museo Británico tras el brillo de los mármoles del Partenón, tal y como en el Museo del Prado el fantasma de la colección de Franco Dávila se agita en las paredes donde cuelgan Las Meninas.

Delbourgo retoma el comentario de Latour sobre el significado de la palabra *assemble*, construir o montar cosas y reunir gente. También el historiador de la geografía David Livingstone venía a decir que descubrir cosas lejanas exigía criterio sobre las personas («finding out about distant things required discernement about people»). Al destacar su experiencia en Jamaica (Sloane vivió 15 meses en la isla) este libro rescata no sólo las bases intelectuales de su *Viaje e Historia Natural de Jamaica* (1707 y 1725), sino sus vínculos con las plantaciones esclavistas, origen de su fortuna personal y sobre todo de la de su mujer, la viuda de un gran terrateniente antillano. Coleccionar hombres, someterlos a la esclavitud, o bien emplearlos en una extensa red de corresponsales, informantes, proveedores de conocimientos y de objetos de todo el orbe, fueron las prácticas mejor desarrolladas por el Dr. Sloane, quien a su regreso a Londres, en el año de

la Gloriosa, supo fabricarse una reputación y alimentar sus contactos y su riqueza en la Inglaterra de Defoe, el capitalismo primitivo y las primeras crisis financieras de la economía global (son los años de la Burbuja del Mar del Sur, un precedente de los Lehman Brothers).

Gracias a esa tupida red de *brokers*, comerciantes y eruditos, un día Sloane adquiriría las ilustraciones de Maria Sibylla Merian por la intersección de James Petiver y otro, un escudo de piel de rinoceronte a cambio de un turbante enjorado, negocio favorecido por Elihu Yale, un agente de la Compañía de Indias Orientales. Así obtuvo santuarios portátiles budistas, amuletos persas, el diario de William Dampier o el tambor Akan, hecho de madera africana y piel de ciervo americano. Más allá de biografíar a un personaje tan destacado y radiografiar el embrión de un museo tan emblemático, Delbourgo logra levantar la trama que sostiene el enciclopedismo y la economía esclavista, el ideal cosmopolita y el imperio, la ciencia moderna y el parlamento de las cosas. Por muchas razones, un libro imprescindible: para pasear por Bloomsbury o para entender cómo se reunió y se construyó el mundo desde allí. ■

Juan Pimentel

Instituto de Historia, CSIC

orcid.org/0000-0003-3340-4637

■ **Marie-Noëlle Bourguet. Le monde dans un carnet. Alexander von Humboldt en Italie (1805).** Paris: Éditions du Félin; 2017, 312 p. ISBN: 9782866455811. 25 €

La historiadora Marie-Noëlle Bourguet tiene una amplia experticia en la historia cultural de las prácticas sociales, específicamente en el estudio de los objetos materiales que se produjeron como resultado de los viajes y expediciones científicas realizadas durante el siglo XVIII e inicios del XIX. El libro que aquí se reseña recibió el premio Léon Dewez en 2017 por la *Société de Géographie* de París y constituye el resultado del análisis de una libreta de viaje que ha sido sorprendentemente poco estudiada por los historiadores de la ciencia. La libreta en cuestión relata el recorrido de Alexander von Humboldt por la península italiana a lo largo de más de seis meses, entre abril y octubre de 1805, desde el monte Cenis al Vesubio, pasando por Turín, Milán, Florencia y Roma.